

Vol. 1, N° 2
Enero - junio de 2015



QUIRÓN

Revista de estudiantes
de Historia

**Relación entre los conceptos
de frontera y fortificación
en el Imperio Romano. Un
legado latente**

Luis Alfredo De la Peña Jiménez
Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

SEDE MEDELLÍN
FACULTAD DE CIENCIAS
HUMANAS Y ECONÓMICAS



QUIRÓN

Revista de estudiantes
de Historia



Relación entre los conceptos de frontera y fortificación en el Imperio Romano. Un legado latente

Luis Alfredo De la Peña Jiménez*

Resumen

Uno de los legados materiales más importantes que el mundo moderno ha recibido de la Antigüedad clásica, específicamente del Imperio Romano, es el sistema de consolidación territorial a través de la construcción de obras arquitectónicas y de ingeniería. La manera moderna de entender los límites entre países, de trazar ciudades y de controlar territorios y poblaciones, tiene su génesis en la Roma antigua. En un año en donde la guerra ha sido protagonista en los estudios históricos, cabe resaltar otros aspectos; no todo puede ser la desolación de la Primera Guerra Mundial, debe existir también un espacio para el legado material y cultural que hombres como Augusto heredaron a la humanidad. Sea esta la oportunidad para, asimismo, demostrar la posibilidad de elaborar ejercicios históricos sobre contextos lejanos en el tiempo y el espacio, pero cercanos gracias a las tecnologías de la información y al legado patente.

Palabras clave

Frontera, fortificación, imperio romano, urbanismo, límites territoriales.

*Estudiante del pregrado en Historia de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá.



En este año de conmemoraciones, en donde los cien años de la Primera Guerra Mundial vuelven las miradas de la opinión pública a la historia, y donde el lodo de las trincheras y el mostacho de los generales estarán por doquier entre las publicaciones de carácter histórico, hay otras efemérides importantes, como los 70 años del desembarco en Normandía durante la Segunda Guerra Mundial, el punto de inflexión del frente occidental durante esa guerra o los trescientos años del fin de la guerra de sucesión española en 1714 y el inicio del gobierno efectivo de la dinastía de los Borbones en España, tema que vuelve a tomar relevancia con la coronación de Felipe VI. Pero una de estas conmemoraciones, que tal vez por la lejanía en el tiempo no es tan mencionada, es el aniversario número 2000 de la muerte de César Augusto, primer emperador en toda regla del Imperio Romano y uno de los artífices más importantes de su prestigio y poder. Prestigio y poder que desde el siglo I d.C. y con la reconocida *Pax Augusta* empezó a cimentar el legado histórico y material del Imperio Romano con la construcción de fuertes, campamentos y ciudades al mismo tiempo que se consolidaban sus fronteras y conquistas.

La tradición militar –y cabe decir, la literaria– de las civilizaciones de la antigüedad clásica empezó con un asedio: es en el sitio de Troya donde tanto Homero como Virgilio dieron cimientos a la historia de Grecia y Roma. Por lo tanto, la importancia de los límites, las fronteras y las fortificaciones dentro de estas dos culturas es una cuestión fundamental. Los romanos, recogiendo la herencia helénica, consideraron todo lo que estuviera fuera de los límites de sus dominios como “bárbaro”, extranjero y ajeno. Y, al igual que los antiguos chinos, consideraron que dentro de este perímetro estaba la civilización, que se defendía por medio de fortificaciones en los límites del mismo. Aunque los griegos no experimentaron un dominio territorial de gran magnitud por estar sujetos al concepto de defensa de sus polis (y en algunos casos de sus colonias), le dieron a los romanos como herencia la mentalidad de conservar sus dominios mediante fortificaciones, haciéndolo éstos de un modo extensivo y expansivo.

Con la expansión republicana hasta comienzos de nuestra era, Roma invariablemente entró en conflicto con pueblos que ocupaban territorios que sus gobernantes veían la necesidad de poseer, como el caso de Galia, Britania, Egipto y Partia, generando en dos siglos una expansión territorial de gran magnitud, ocupando toda la cuenca del Mediterráneo y limitando su zona de influencia hasta la antigua Caledonia por el norte, el desierto núbida por el sur y los dominios de los persas sasánidas por el oriente.

Para dominar este espacio geográfico, fue necesaria una autoridad con el suficiente poder como para mantener los límites de su dominio; así, los romanos desarrollaron estrategias para hacer real el dominio tanto en la fría Germania como en las tórridas latitudes del norte



de África. Se ha dicho que el Imperio Romano ganó mucho más con la pala que con la espada,¹ y esta afirmación podría estar sujeta a debate, pero es más razonable considerar que la espada y la pala sirvieron de igual manera a Roma para consolidar su poder, pues los vestigios causados por estas dos herramientas se evidencian claramente hoy en día. La espada permitió a Roma una dominación militar sobre los territorios conquistados. Con esta imposición militar vino la dominación cultural, cambiando o mezclando las estructuras políticas, económicas y culturales de los pueblos anexados. Es así como la civilización occidental posee hoy en día elementos como el derecho romano y las lenguas romances, y parte de los sistemas políticos de la actualidad perduran gracias al *gladius* de los romanos. Pero los vestigios materiales legados por las palas de los mismos legionarios puede que tengan igual o mayor relevancia que lo conseguido en sus batallas: las sorprendentes redes viales, los acueductos, el arco, la bóveda, y otros elementos arquitectónicos, que aún son consideradas como obras canónicas para la elaboración de edificaciones e infraestructura.

El desarrollo de la autoridad central estuvo marcado casi en todas las épocas y lugares por la construcción de defensas estratégicas.² Es con las fortificaciones romanas, sobre todo en los límites de su dominio, que la pala y la espada se conjugaron en pro de la expansión y la defensa del Imperio. Es este el objetivo de este artículo: demostrar someramente la relación entre frontera y fortificación en la estrategia defensiva del Imperio Romano, como unidad integral, en sus 4 siglos de existencia. A lo largo del escrito se hablará sobre las fuentes primarias que tratan estos temas según se desarrolle cronológicamente la evolución de estos dos conceptos a través de la historia romana. Al final, se ofrecerán algunas reflexiones, amén de las incluidas a lo largo del texto.

A menudo se ha puesto en duda la posibilidad de realizar una verdadera historia de la antigüedad, dado que la información que disponemos no es otra cosa que un conjunto de retazos dispares de evidencias³ en un lugar del planeta que, aunque está seriamente influenciado por las culturas de la antigüedad clásica, su estudio pasa prácticamente desapercibido, cuando no es irrelevante o inexistente. Al ser un dogma prácticamente irrefutable el que el historiador desarrolle sus trabajos según el conocimiento que posea de las fuentes que tenga a la mano, el desarrollo de nuevos conocimientos en la disciplina histórica se ve anulado por las dificultades que la realización de un trabajo como éste atañe. Por lo tanto, un historiador de América del Sur

1. Simon Anglim, et al., *Técnicas bélicas del mundo antiguo: 3000 a.C.-500 d.C. Equipamiento, técnicas y tácticas de combate* (Madrid: Libsa, 2007), 203.

2. John Keegan, *Historia de la guerra* (Barcelona: Editorial Planeta, 1995), 187.

3. Arcadio Del Castillo, et al., *Ejército y sociedad: cinco estudios sobre el mundo antiguo* (León: Universidad de León, 1986), 7.



que quiera hacer historia del Imperio Otomano, de la Antigua Grecia, de las guerras de religión europeas o de la Francia Napoleónica, se ve amarrado a las limitaciones de su medio académico y se resigna a hacer balances historiográficos sobre las publicaciones respecto a estos temas. Pero con los avances tecnológicos y la inmediatez con la que se puede acceder a la información, estas tesis deben ser reevaluadas, pues la disciplina histórica no puede rezagarse a la boyante integración mundial a través de las comunicaciones.⁴ Es en este marco que este escrito está delimitado. No está de más establecer una opinión y un concepto sobre las fortificaciones romanas así no exista ninguna en este continente, pero otras estructuras defensivas existentes al otro lado del Atlántico si estarán permeadas por ese concepto de fortificación y defensa como se mostrará más adelante. Es ambicioso pensar que este ensayo contribuya al esfuerzo de escribir sobre la historia de la antigüedad clásica por fuera de su «zona de influencia», pero, al fin y al cabo, somos herederos de esas culturas.

1. La estrategia del imperio

El sistema de fortificación romana tuvo su carácter más desarrollado y sólido a partir de la época imperial, y aunque los dos conceptos tratados en este ensayo alcanzan su significado desde la época republicana, solo se llevan totalmente a la práctica desde el reinado de Augusto. La cuestión es estar al tanto sobre las instituciones y personas que concibieron y llevaron a cabo esta estrategia. Este aparte del trabajo sólo pretende describir someramente las estructuras creadas por el Imperio para desarrollar los conceptos de frontera y fortificación, enmarcados en una estrategia mucho más amplia.

El Estado romano se nos presenta como un conjunto complejo, formado por tres elementos fundamentales vinculados entre sí: la administración central, la administración provincial y el ejército. Cualquier cambio surgido en alguno de estos estamentos afectó a los otros dos.⁵ Lo que implica que con el paso de los siglos y el aumento de los territorios

4. Aun así con todo y estas ventajas, por cuestiones de tiempo y espacio, ciertas fuentes para este ensayo no se pudieron conseguir por no encontrarse digitalizadas en ninguna biblioteca del país. Es el caso de: Ángel Morillo (coord.), *Entre el prestigio y la defensa: la problemática estratégico-defensiva de las murallas tardorromanas en Hispania*; "Arqueología Militar Romana en Hispania", en *I Congreso de Arqueología Militar Romana en Hispania* (Segovia: 1998), "Anejos de Gladius 5", 577-589, (org.) Universidad SEK-Segovia (en colaboración con Carmen Fernández Ochoa); Richard J. Brewer (ed.), *Roman Fortresses and their Legions. Papers in honour of George C Boon* (Londres/Cardiff: Society of Antiquaries of London/National Museums & Galleries of Wales, 2000); Stephen Johnson, *Late Roman Fortifications* (Londres: Barnes & Noble Imports, 1982); Patrice In Brun, Sander Van der Leeuw and Charles Whittaker (eds.), *Frontières d'empire. Nature et signification des frontières romaines*, no. 5 (Nemours: Mémoires du musée de préhistoire d'Île-de-France), entre otros títulos.

5. Yann Le Bohec, *El ejército romano: instrumento para la conquista de un Imperio* (Barcelona: Ariel, 2004), 10.



anexados, conquistados y dominados, el Imperio no se pudo abandonar a una autoridad central comandada por personajes que en muchos casos no cumplían con los requerimientos para solventar dicha responsabilidad, cuestión ya estudiada en gran escala.

Los romanos desde su propia fundación, y con la consecución de exitosos conflictos con sus pueblos vecinos, se fueron convenciendo (apoyados en las lógicas de sus dirigentes) de que eran un pueblo predestinado a la dominación de sus «enemigos» y que tenían la misericordiosa labor de civilizarlos. Los esfuerzos de los ciudadanos de Roma estuvieron encaminados por sobre todas las cosas a cumplir la misión que los dioses habían encomendado al Imperio Romano: el triunfo sobre las fuerzas del caos civilizado, implicando el sometimiento de sus vecinos “bárbaros”⁶ y permeándolos a todos, de una manera inconsciente en primera instancia, de la *Romanitas*: la condición del ser romano y su cultura.

Es bajo la perspectiva de esta “misión” que se planteó el modo de guerra de la Roma imperial: hubo una estrategia de defensa y ataque emprendida por el ejército, uno de los componentes del Estado romano y fundamentado por los otros dos elementos mencionados anteriormente. Es por esto que el ejército romano contó con una función principal, la guerra externa, y una función secundaria, el ejercicio de labores de policía.⁷

Polieno, escritor griego quien elaboró un tratado sobre los principales generales y el modo guerrero de los pueblos de la antigüedad clásica, escribió un pasaje en el que se puede analizar que los romanos, ejemplificados en Escipión –el Africano–, conquistador de Cartago, vieron vergonzoso creer más en la defensa de un escudo o en la protección de las edificaciones de madera, que en la espada,⁸ valoración muy válida para el final de la época republicana, en la cual Roma estuvo en próspera expansión hacia ambos costados del Mediterráneo, y más aun con la victoria en las Guerras Púnicas, que comparándola con la victoria de los griegos en las Guerras Médicas, el resultado dio a los vencedores el impulso y la confianza necesaria para asentar las bases de sus respectivas culturas y expandirlas por su zona geopolítica de influencia, convirtiéndose en las más reconocidas de la antigüedad clásica. Esto, a modo de paréntesis, y haciendo un salto cronológico, sirve como refutación de las tesis sobre la caída del Imperio Romano: si el Imperio de Oriente sobrevivió mil años

6. Peter Heather, *La caída del Imperio Romano* (Barcelona: Crítica, 2008), Lám. 2.

7. Yann Le Bohec, *El ejército romano*, 20.

8. Eneas, el Táctico, *Poliorcética*; Polieno, *Estratagemas* (Madrid: Editorial Gredos, 1991); Polieno, *Estratagemas* (Est. VIII, 3; 4).



al de Occidente, el problema de este último era de estructuras y la culpa no fue totalmente de las invasiones bárbaras.⁹

Pero en la época imperial, cuando Roma contaba con una fuerza que apenas bastaba para controlar una línea defensiva de 7.000 kilómetros, no se podían mantener operaciones en más de un frente simultáneamente, tanto ofensivas como defensivas, como los siglos venideros demostrarían,¹⁰ llevando a replantear a las autoridades el carácter de la expansión.

Desde los albores del Imperio se empezó a pensar que debían existir límites que controlaran la autoridad romana. Las reformas militares de Augusto han sido tradicionalmente conectadas con la existencia de un planteamiento asentado en la mente del primer emperador del Imperio Romano, en el sentido de una política defensiva concretada en un sistema organizado de fronteras,¹¹ demostrando así que la estrategia defensiva estuvo fundamentada desde los tiempos de Augusto y que tuvo como claro objetivo conservar lo conquistado.¹²

Después del desastre del Bosque de Teutoburgo,¹³ la conquista de la Germania quedó anulada para el resto de la historia del Imperio Romano, marcando el límite entre lo romano y lo bárbaro a lo largo del Rin.¹⁴ A través de la historia imperial, y desde los mismos tiempos de Julio César, se tuvo la firme intención de extender la autoridad romana hasta el Elba, cuestión que se consiguió en intermitentes periodos y sin ejercer un dominio fijo, por la fuerte resistencia de los pueblos nativos que habitaban la zona y por el debilitamiento del ejército romano en el periodo de mayor apogeo y poderío del primigenio Imperio, como consecuencia de la catástrofe de Publio Quintilio Varo en Teutoburgo,¹⁵ donde el exterminio de estas legiones, compuestas por soldados altamente entrenados y capaces, supuso una terrible pérdida (con el lamento perenne de Augusto, pidiéndole a gritos a Quintilio que le devolviera sus águilas).

9. Peter Heather, *La caída del Imperio Romano*, 10-13.

10. Arcadio Del Castillo, *et al.*, *Ejército y sociedad*, 118.

11. Arcadio Del Castillo, *et al.*, *Ejército y sociedad*, 122.

12. Yann Le Bohec, *El ejército romano*, 206.

13. En aquel lugar, el gobernador de la Germania, Quintilio Varo, fue el causante de quizá una de las más estrepitosas derrotas del ejército romano: perdió aproximadamente 20.000 hombres (las legiones XVII, XVIII, y XIX, con todas sus tropas auxiliares, fueron aniquiladas).

14. Fernando Quesada Sanz, *Armas de Grecia y Roma. Forjaron la historia de la antigüedad clásica* (Madrid: La Esfera de los Libros, 2008), 309-311.

15. Arcadio Del Castillo, *et al.*, *Ejército y sociedad*, 125.



Al final del reinado de Augusto estaban activos 300.000 hombres de los cuales 168.000 eran miembros de alguna de las 28 legiones, puesto que cada legión tenía 6.000 hombres a razón de diez cohortes de seis centurias.¹⁶ Y con estos hombres debió defender el Imperio un extenso territorio que iba desde la actual Inglaterra hasta el Éufrates, y del Rin hasta el Alto Egipto, durante el período que la historiografía llama “crisis del siglo III”, espacio de tiempo que corresponde a las invasiones de los pueblos bárbaros, impulsados por razones económicas, políticas o ambientales, y francamente seducidos por el esplendor que irradiaba el Imperio desde sus fronteras. Un ejemplo concreto es el caso de un grupo migratorio de godos que pidió asilo masivo dentro de las fronteras del Imperio, y dos años después de su llegada derrotaron al ejército imperial y ejecutaron al Emperador en la Batalla de Adrianópolis en el 376 de nuestra era.

Se suele especular mucho respecto a las instituciones del bajo Imperio Romano. En los últimos siglos en que perduró su dominio, fue evidente que las estructuras del mismo estaban viciadas; Cicerón y el mismo Augusto estuvieron presentes durante ese periodo. La ciudad de Roma y sus principales instituciones les serían bastante ajenas. Pero esto no significa que dejaron de funcionar, por decirlo de alguna manera. Roma se dio cuenta de que los tiempos habían cambiado y que debía ser más pragmática, aun si esto al final incidiera en su caída. Así algunos quieran creer lo contrario, las fuentes han demostrado que en el siglo IV aún subsistía un ejército imperial, financiado por los impuestos imperiales –por difíciles que fuesen de recaudar–, y, por sobre todo, dedicado a la defensa de las fronteras, por muy alejadas que estuvieran.¹⁷

Aunque la legión romana fue en el combate una máquina de matar profesional, no se quedó sólo en eso. Su capacidad para levantar construcciones logró convertir la inmediata victoria militar en una dominación a largo plazo de territorios y regiones: fue un arma estratégica con la que fue posible construir un Imperio.¹⁸ La táctica romana estuvo representada en el ejército, y la estrategia en las defensas. Por lo extenso y variado de sus territorios, Roma debió enfrentarse según sus enemigos y su posición geográfica a distintos modos de hacer la guerra.¹⁹ Es así como Tácito nos comenta que durante casi todo el Imperio se habían dispuesto pocas legiones en África (2) y Oriente (4),²⁰ cuestión explicable considerando que los pueblos

16. Arcadio Del Castillo, *et al.*, *Ejército y sociedad*, 117.

17. John Keegan, *Historia de la guerra*, 340.

18. Peter Heather, *La caída del Imperio Romano*, 25.

19. Yann Le Bohec, *El ejército romano*, 204.

20. Cornelio Tácito, *Anales*, vol: 1, (Madrid: Editorial Gredos, 1979-1980), véase Libros I-VI; vol: 3 véase Libros XI-XVI, (An. IV, 5;2).



de Oriente, acostumbrados al sustento de grandes Estados y con una ética de la guerra que no le daba prelación a los encuentros frontales y violentos, eran dominados más fácilmente con una burocracia imperial eficiente, encaminando el ejército y la mayoría de las legiones a resistir el embate de los pueblos germánicos y los nómadas de las estepas del centro de Asia en sus fuertes, tanto del Rin como del Danubio.

Durante tres años (16-13 a.C.), Augusto supervisó la construcción de bases en la zona del Rin.²¹ Desde ese momento se vio que, geográficamente, por estar cerca de los puntos neurálgicos de la autoridad central del Imperio, los esfuerzos de la estrategia defensiva debían encaminarse a defender las fronteras naturales que proporcionaban estos dos ríos. Obviamente los romanos, como todos los otros imperios de la antigüedad, no fortificaban dentro del territorio conquistado. Ese era el verdadero significado de la *pax romana*: ciudades abiertas, carreteras seguras y ausencia de fronteras internas; *pax* que por supuesto se aseguraba con las fortificaciones fronterizas.²²

No obstante, no puede negarse que a partir del siglo III, al intensificarse la presión poblacional en Occidente y las tensiones bélicas con Persia en Oriente, la asociación de las legiones con las fronteras fortificadas fue absoluta; se produjo una racionalización fronteriza. La estrategia de Roma se centró en la protección de territorios centrales cuya integridad definía las fronteras fortificadas,²³ perdurando así la idea inicial de defender lo conquistado.

2. La frontera romana

La defensa de las fronteras que contenían la autoridad romana se podría clasificar según su construcción en: defensas puntuales (fortificaciones) y lineales (murallas).²⁴ Esta clasificación se debe sobre todo a la arqueología que, como fuente de estudio de la historia militar romana, ha permitido hallar nuevos yacimientos de fortalezas y «defensas lineales», aunque también ha sido muy útil la fotografía aérea. Con esto, se descubrieron límites que sin la posibilidad de una vista a gran altura seguirían siendo imperceptibles a los ojos de los investigadores.²⁵

21. Fernando Quesada Sanz, *Armas de Grecia y Roma*, 321.

22. John Keegan, *Historia de la guerra*, 186.

23. John Keegan, *Historia de la guerra*, 339.

24. Yann Le Bohec, *El ejército romano*, 203.

25. Yann Le Bohec, *El ejército romano*, 19.



La «frontera» romana no quedó reducida jamás a una línea, como son actualmente los límites entre los Estados; por el contrario, quedó constituida por una franja más o menos estrecha, que comprendía múltiples elementos. Existió, por tanto, una zona defensiva relativamente amplia en la que se encontraba el ejército de fronteras. Esa franja de territorio comprendió un eje central, un camino y otras construcciones militares (vías secundarias, fortificaciones y torres). Todo el camino tenía dispersas «defensas puntuales», campamentos, fortines y atalayas. La eficacia de las barreras es discutida. Esas barreras lineales podían ser franqueadas fácilmente por una tropa numerosa y con instrumentos de asedio. Esas insuficiencias tal vez expliquen la ausencia de una especie de «muralla china» que bordeara el perímetro del Imperio. De hecho las autoridades militares romanas prefirieron recurrir de manera sistemática a las «defensas puntuales» más que a las «lineales».²⁶

Generalmente, cuando se habla de frontera romana se habla de *limes*. Hay cierta dificultad con la aceptación de este concepto bajo este significado, pues el uso militar de dicho término no ocurre sino hasta el 97 d.C.²⁷ Ninguno de estos términos designa normalmente el sistema defensivo del Imperio como tal. En su conjunto, su empleo implica una limitación geográfica. El concepto general de *limes* hace referencia al camino, al sendero, a la vía, al camino paralelo al frente que protege el flanco del enemigo. Este “camino” puede ser un obstáculo natural, formalmente un río (el Rin o el Danubio), o una «defensa lineal», el muro de Adriano o el muro Antonino.²⁸

El *limes*, para los romanos, condicionó el esquema defensivo en el que estaban organizados los *limitanei*,²⁹ que fueron las fuerzas que controlaron los *limes* en el bajo Imperio.³⁰ Los *limitanei* aunque fueron las tropas peor pagas en el Imperio tardío, fueron más que campesinos que vivieron cerca de la frontera, fueron milicias entrenadas para defender incursiones, controlar el paso de extranjeros y extender en la medida de sus capacidades y recursos la *Romanitas* hasta sus plazas fuertes.³¹ Fue por lo tanto el *limes* un ejemplo de organización geográfica y social tanto en el Imperio Romano como en el posterior Imperio

26. Yann Le Bohec, *El ejército romano*, 215.

27. Yann Le Bohec, *El ejército romano*, 213.

28. Yann Le Bohec, *El ejército romano*, 210.

29. R. G. Goodchild y J. B. Ward Perkins, “The Limes Tripolitanus in the Light of Recent Discoveries”, *The Journal of Roman Studies*, vol: 39, partes 1 y 2 (1949): 81-95. Society for the Promotion of Roman Studies, Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/297710>, 94.

30. Benjamin Isaac, “The Meaning of the Terms Limes and Limitanei”, *The Journal of Roman Studies*, vol: 78 (1988): 125-147. Society for the Promotion of Roman Studies, Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/301454>, 125.

31. Benjamin Isaac, *The Meaning of the Terms Limes*, 146.



Bizantino, teniendo como ejemplo el *Limes Tripolitanus* del norte de África,³² que dominó la periferia del Imperio y resguardó las instituciones dentro de sus fortalezas.

Obviamente en su naturaleza, un limes de Britania fue diferente a uno en la frontera con los Partos. En el desierto, por ejemplo, el objetivo fue controlar los puntos de agua, lo que se denomina “Sistemas Abiertos de Defensa”.³³ La construcción de una seguidilla de fortificaciones, en un espacio geográfico donde no había fácil obtención de recursos para la construcción de estructuras militares, fue un esfuerzo vano. Si a esto sumamos la inexistencia de una defensa natural como un río o una cadena montañosa, la defensa del territorio se tornaba más compleja, pero por lo visto anteriormente sobre la ética militar de los pueblos asiáticos, esta «defensa abierta» de las fronteras del Imperio se mantuvo hasta que el desmoronamiento interno de los romanos y el ascenso de los persas sasánidas como potencia las amenazó seriamente.

3. La fortificación romana

La descripción más completa del campamento romano data de la época republicana y nos la transmite Polibio.³⁴ Según el macedonio, que vivió en la época de mayor expansión de la república en el siglo II a.C., los griegos acampaban según el terreno y los romanos optaban por la “facilidad” de atrincherarse siempre de la misma forma, así resultaba un campamento siempre idéntico y conocido.³⁵ El mismo Polibio tuvo conocimiento del manual de Eneas, el Táctico, un mercenario griego del siglo IV a.C., que escribió un tratado sobre poliorcética, o el arte de la guerra de asedio, del cual Polibio tuvo un ejemplar que usó de consulta personal³⁶ y del cual sacó estas apreciaciones.

Un campamento romano generalmente se presentaba como un espacio rectangular trazado mediante una *groma*, de donde salían las vías principales con los bordes redondeados con cuatro puertas flanqueadas por ser el punto más débil en caso de un sitio. En el centro del campamento se encontraban los *principia*, edificaciones que correspondían al punto

32. R. G. Goodchild y J. B. Ward Perkins, *The Limes Tripolitanus*, 95.

33. Yann Le Bohec, *El ejército romano*, 211; Cornelio Tácito, *Anales* (An. XV, 3).

34. Polibio, *Historias*, vol. 2, Libros V-XV (Madrid: Editorial Gredos, 1981-1983), (Hist. VI, 27-42).

35. Polibio, *Historias*, (Hist. VI, 42, 2-6).

36. Polibio, *Historias*, (Hist. X, 44).



neurálgico de la fortificación. Ahí se encontraban las barracas del *legatus* y la tienda donde se guardaban las insignias de la legión.³⁷ Aunque se pueden distinguir algunas generalidades y permanencias, en la construcción de los campamentos de legionarios romanos no existió un modelo único; su evolución no siguió el mismo ritmo en las diferentes regiones del Imperio,³⁸ debido al papel que jugó el medio geográfico en la implantación de las defensas.

Flavio Vegetio, escritor del siglo IV pero claramente con la mente en glorias pasadas, representaba a la élite culta del Imperio en sus siglos finales, y escribió un tratado sobre las instituciones militares que fueron la base de la instrucción y la fuente de muchos de los teóricos militares posteriores. Lastimosamente, no existe una traducción decente al español del trabajo de Vegetio, pero con amplios seguidores a través de los siglos que han pasado, la consulta del texto en latín es accesible. Vegetio nos cuenta que hubo varias formas de atrincherar un campamento. Por ejemplo, cuando el peligro no era inminente, llevaban una estrecha zanja alrededor de todo el perímetro, de sólo 2,66 metros de ancho y dos de hondo. Con la tierra que se sacaba, se hacía una especie de muro o terraplén de noventa centímetros de alto en la cara interior del foso. Pero donde existía motivo para temer ataques del enemigo, el campamento se rodeaba de un foso regular, de 3 metros y medio de ancho y 2,66 metros de hondo, perpendicular a la superficie del terreno. Se elevaba entonces un parapeto en el lado próximo al campo, de una altura de cuatro pies, con obstáculos y fajinas (haces de palos) adecuadamente cubiertas y aseguradas a la tierra sacada del foso. Con estas dimensiones, la altura interior del atrincheramiento alcanzaba los 3,85 metros y la anchura del foso 3,55 metros. Encima de todo se situaban fuertes empalizadas que los soldados llevaban constantemente con este propósito. Un número suficiente de azadas, zapapicos, canastas de mimbre y herramientas de toda clase habrían de proporcionarse para tales trabajos.³⁹

Vegetio continúa diciendo que los reclutas debían ser instruidos en el modo de atrincherar campamentos:

[...] no habiendo parte de la disciplina tan útil y necesaria como ésta. Pues en un campamento, bien elegido y afosado, las tropas pueden descansar seguras tanto de día como de noche entre su obra, aun cuando estén a la vista del enemigo. Parece imitar una ciudad fortificada que ellos pueden construir para su seguridad donde quiera que les plazca. Pero este valioso arte está ahora totalmente perdido, pues ya hace mucho desde que nuestros campamentos fueran fortificados con

37. Yann Le Bohec, *El ejército romano*, 220-224.

38. Yann Le Bohec, *El ejército romano*, 218; Simón Anglim, et al., *Técnicas bélicas del mundo antiguo*, 215.

39. Flavio Vegetio Renato, *Epitoma Rei Militaris. Liber I*. Consultado en: <http://www.thelatinlibrary.com/vegetius1.html> (*Ep. R. Mil.* XXIV).



foso o empalizadas. Por esta negligencia nuestras fuerzas han sido a menudo sorprendidas por el día y por la noche, por la caballería enemiga, sufriendo severas pérdidas. La importancia de esta costumbre se muestra no sólo por el peligro al que las tropas que acampan sin precauciones están constantemente expuestas sino por la desastrosa situación de un ejército que, tras recibir un castigo en el campo de batalla, se halla sin retaguardia y, consecuentemente, a merced del enemigo.⁴⁰

Julio César aprovechó la posición estratégica fortificada para solventar una desventaja numérica en las Galias⁴¹ y con el cerco del gran monte de Alesia, fortificado por Vercingetórix, el caudillo de la mayoría de los galos enemigos del cónsul, prácticamente dio una lección de construcción e ingeniería militar para sacar provecho de una situación desfavorable, obviamente con una descripción mucho más engalanada y poética, a manos del propio César en su *Guerra de las Galias*.

Las fortificaciones que cercaron a Alesia contaban con tres elementos fundamentales: terraplenes, minas y muros de madera.⁴² Estos campamentos que extramuros contaban con «campos de minas» o *cervis*, ramas en forma de cornamenta de ciervo clavadas en el muro del campamento; dos fosos y un campo de ramas aguzadas y entrelazadas llamadas *cippi*; otro campo con «pasos de lobo», estacas aguzadas enterradas en agujeros también llamadas *Lilia* y, por último, las *stimuli* o puntas metálicas clavadas en estacas de madera hincadas en el suelo.⁴³

El monte de Masada, último reducto judío conquistado en el 72 d.C., funciona actualmente como enclave arqueológico de suma importancia para el conocimiento de los campamentos romanos y las técnicas de asedio durante el Imperio.⁴⁴ Este, quizá después de Alesia, fue el sitio más famoso que llevaron a cabo los romanos. Una vez más aquí se demuestra cómo los romanos se defendieron para atacar y usaron sus plazas fuertes y sus campamentos como armas de asedio, obligando a los judíos del fuerte de Masada a suicidarse al verse cercados por todos sus flancos y al concluir la construcción de una gran rampa que llevó a las legiones hasta sus puertas.

Durante la dinastía Julio-Claudia, los soldados utilizaron ramas, tierra y madera para construir sus recintos fortificados; a partir de la época Claudia, después del año 69 d.C., los generales

40. Flavio Vegecio Renato *Epitoma Rei Militaris. Liber I. (Ep. R. Mil. XXI)*.

41. Polieno, *Estratagema* (Madrid: Editorial Gredos, 1991) (Est. VIII, 23, 7).

42. Cayo Julio César, *Guerra gálica* (México: Bibliotheca scriptorum graecorum et romanorum mexicana. Universidad Nacional Autónoma de México, 1994) (Gál. VII, LXXIII).

43. Fernando Quesada Sanz, *Armas de Grecia y Roma*, 283; Cayo Julio César, *Guerra gálica* (Gál. VII, LXXII).

44. Simón Anglim, et al., *Técnicas bélicas del mundo antiguo*, 214.



se dieron cuenta que los sistemas defensivos levantados perdurarían, así que destruyeron las empalizadas o las rehicieron con ladrillo o piedra. Para el bajo Imperio la construcción estuvo pactada por la reutilización de materiales para la construcción de sus murallas.⁴⁵ Esto también estuvo enunciado en la *Poliorcética* de Eneas, el Táctico, que corresponde solamente a un tratado extenso sobre ciencia militar que planeó y tal vez escribió el autor.⁴⁶

Los romanos siguieron al pie de la letra las cortas recomendaciones de Eneas, el Táctico, por ejemplo en el apartado que habla sobre la detección y prevención de operaciones de minado,⁴⁷ los legionarios de Oriente usaron una técnica de contra-asedio en el sitio de Dura Europos, donde los persas utilizaron zapadores para hacer colapsar una de las torres de las murallas del campamento romano, siendo descubierta por los romanos y contrarrestada con otra mina, anulando el esfuerzo de los persas.⁴⁸

Eneas habló sobre las precauciones de mantener la seguridad en el campamento con contraseñas, elaboradas y usadas posteriormente por los romanos.⁴⁹ Comentaba también sobre la importancia y el secreto con el que se debía manejar el cambio de guardia⁵⁰ y la preparación del terreno fortificado frente a una invasión,⁵¹ pero tal vez su lectura cayó en desuso a finales del Imperio, o quizá nunca fue leído por algunos dirigentes, pues explicó muy detalladamente cómo cuidarse de conspiraciones⁵² y de las precauciones que se debían tener con los aliados,⁵³ ya fuera el general Flavio Aecio con Atila o con el emperador Valente en las campañas de Oriente, que le costaron la vida.

45. Yann Le Bohec, *El ejército romano*, 219.

46. Eneas, el Táctico, *Poliorcética*. Polieno, *Estratagemas*, 19.

47. Eneas, el Táctico, *Poliorcética*, (Pol. XXXVII).

48. Simón Anglim, et al., *Técnicas bélicas del mundo antiguo*, 216.

49. Eneas, el Táctico, *Poliorcética*, (Pol. IV 5-6).

50. Eneas, el Táctico, *Poliorcética*, (Pol. XXII).

51. Eneas, el Táctico, *Poliorcética*, (Pol. VIII, 1-4).

52. Eneas, el Táctico, *Poliorcética*, (Pol. XI).

53. Eneas, el Táctico, *Poliorcética*, (Pol. XII).



4. Frontera y fortificación, complementos de la estrategia

Es imposible que la conciencia de las tropas no quedase circunscrita en definitiva por la geografía de las fronteras.⁵⁴ La psiquis del legionario tenía imbuido los conceptos de frontera y fortificación –por la defensa de su propia vida–, y con eso cumplía con su libertad objetiva de estar sujeto a los designios de Roma. Cada noche, ya fuera en territorio amigo u hostil, los legionarios levantaban un campamento,⁵⁵ y es en este punto donde la pala y la espada se combinaban para ejercer una dominación claramente más efectiva. La autoridad romana la sustentaba tanto el *vallum* (la pala) como el *gladius* (la espada), siendo esto la marca más trascendente del Imperio hasta hoy.

Cabe resaltar que los vestigios materiales de las fronteras y las fortificaciones romanas pueden ser mucho más importantes de lo pensado, pues este prototipo de defensa –con sus cuatro puertas y una plaza central para ceremonias, que se parecía curiosamente a la clásica ciudad de la antigua China– sirvió de modelo para las posteriores ciudades principales en los países conquistados. Londres, Colonia y Viena son un ejemplo de ello.⁵⁶

Los campamentos romanos influyeron sobremanera en la configuración de las fortificaciones militares posteriores en el Viejo Mundo. Los castillos medievales reunieron muchas de las características que un *limes* poseía. Fueron el bastión de la autoridad central y desde donde combatieron las incursiones enemigas, aunque no ejercieron un gran poder sobre un vasto territorio al ser la condición política del feudalismo tendiente hacia el fraccionamiento territorial. Otro ejemplo es el de las fortificaciones renacentistas de traza italiana, propias de la llamada “revolución militar”, en donde los altos muros medievales fueron reemplazados por intrincados ángulos y construcciones arquitectónicas que pudieran ser defendidas y soportaran el sitio de armas de asedio accionadas con pólvora. Estas fortificaciones también siguieron el componente básico de defensa y estructura de un campamento romano.

Pero quizá lo más importante y lo que más atañe a nuestro contexto es el uso de este modelo rectangular con plaza, derivado del campamento romano, para configurar la traza urbana de las ciudades coloniales en Hispanoamérica. Con dicho modelo se configuró el urbanismo posterior de la mayoría de las poblaciones del Imperio Español, y en particular de la Nueva Granada, donde la urbanización en cuadrícula compone la base del trazado urbano de las ciudades y poblaciones del país.

54. John Keegan, *Historia de la guerra*, 340.

55. Simón Anglim, et al., *Técnicas bélicas del mundo antiguo*, 204.

56. John Keegan, *Historia de la guerra*, 186; Simón Anglim, et al., *Técnicas bélicas del mundo antiguo*, 204.



QUIRÓN

Revista de estudiantes
de Historia